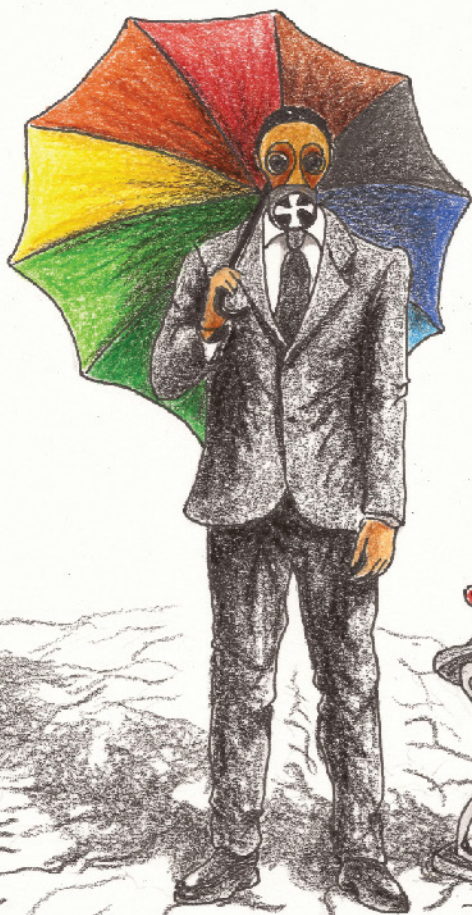




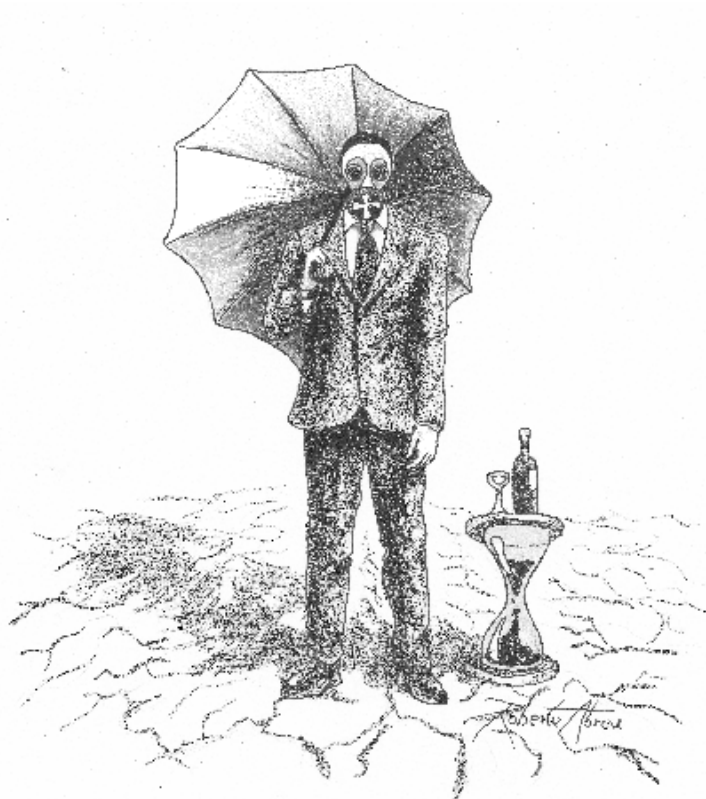
19^{no}

Concurso de Cuentos Radio Santa María

Cuentos Premiados



**19^{no} Concurso de Cuentos
Radio Santa María
Ganadores 2012**



Primera edición, septiembre de 2012
19º Concurso de Cuentos de
Radio Santa María: Cuentos ganadores

Diseño de edición:
FABRIEL POLANCO BATISTA

Diagramación, composición y diseño de portada:
FABRIEL POLANCO BATISTA

Corrección de pruebas:
LUIS BEIRO ÁLVAREZ

Cuidado de edición:
EQUIPO EDITORIAL, EDICIONES RADIO SANTA MARÍA

Ilustraciones interiores y portada:
ROBERTO ABREU

Impreso en Santiago,
República Dominicana

Es propiedad de Radio Santa María.

Indice

Pág

Palabras de Salutación del P. Eduardo García Tamayo, SJ Director de Radio Santa María	7
---	---

Cuentos Premiados

Primer Premio:

Sin lágrimas

Seudónimo: Anaïs Nin

Autor: Keiselim A. Montás 13

Segundo Premio:

Mariposas Negras

Seudónimo: Piragua

Autor: Valentín Amaro 21

Tercer Premio:

Héroes

Seudónimo: Bayron

Autor: Oscar M. Zazo Martín 27

Cuarto Premio:

Vivir

Seudónimo: Marant

Autora: Sara Amaro Alemán 33

Menciones de Honor

Primera Mención:

La historia incautada

Seudónimo: Montecristo

Autor: Menoscal Reynoso 45

Segunda Mención:

Coleccionistas

Seudónimo: El Gran Dictador

Autor: Franz Manuel García Zorrilla 59

Tercera Mención:

La Cid Campeadora

Seudónimo: Caminante

Autora: Altagracia Pérez Pytel 69

Cuarta Mención:

Felicidad Fugaz

Seudónimo: Dra. Ada Mueller

Autor: Adalberto Morillo Pichardo 83

Anexos

Veredicto del Jurado

del XIX Concurso de Cuentos 89

Palabras de agradecimiento

de Keiselim M. Montás,

Primer Premio 91

Palabras de Salutación

P. Eduardo García Tamayo, SJ

Director General
Radio Santa María

En esta tarde de un abril lluvioso, el Jurado del Concurso de Cuentos Radio Santa María proclamará los autores cuyas obras, presentadas al concurso en su decimonovena versión, han sido premiadas o halladas dignas de mención. Esta versión tuvo su apertura el 12 de diciembre de 2011. Y hoy, tras la esforzada labor del Jurado, estamos en condiciones de entregar al país la relación de los galardonados.

En esta decimonovena versión, 86 autores y autoras han presentado al Jurado 187 obras, números algo menores que en el decimoctavo concurso. En años anteriores, la crisis económica mundial no afectó la actividad de los escritores y escritoras. Nos preguntamos los lectores: ¿será que la actual campaña electoral perturba la inspiración?

La participación femenina en este concurso -24 autoras- es proporcionalmente algo menor que en el año pasado, representando algo más de la cuarta parte del total de

escritores. Si atendemos al lugar de residencia, el Cibao, como región, sigue siendo la mayor cantera de narradores y narradoras, con 54 autores. Esta cifra es la más alta para la región en los últimos años. Esto indica que los cibaños están ingresando sostenidamente a la narrativa. La Vega es la provincia con mayor número de autores, 17 en total, seguida de Santiago, con 11, de San Francisco de Macorís, con 8, de Puerto Plata con 6 y de Hnas. Mirabal, con 5. Con todo, Santo Domingo es la ciudad más representada, con 26 autores, que representan el 30 % del total de plumas o teclados.

Un elemento a destacar es el aumento en el número de obras enviadas por autores dominicanos residentes en el extranjero: 6 en total, provenientes de lugares muy disímiles como los Estados Unidos, España, Argentina y Eslovaquia. El Concurso de Cuentos Radio Santa María es un evento de alcance nacional. No se propone una participación internacional, ya que existen otros eventos con esas dimensiones. Sin embargo, es innegable el aumento de la presencia dominicana en otras tierras y de dominicanos y dominicanas que tienen el escribir como vocación y parte de su quehacer. De esos coterráneos, sí nos interesa su participación, que va en aumento.

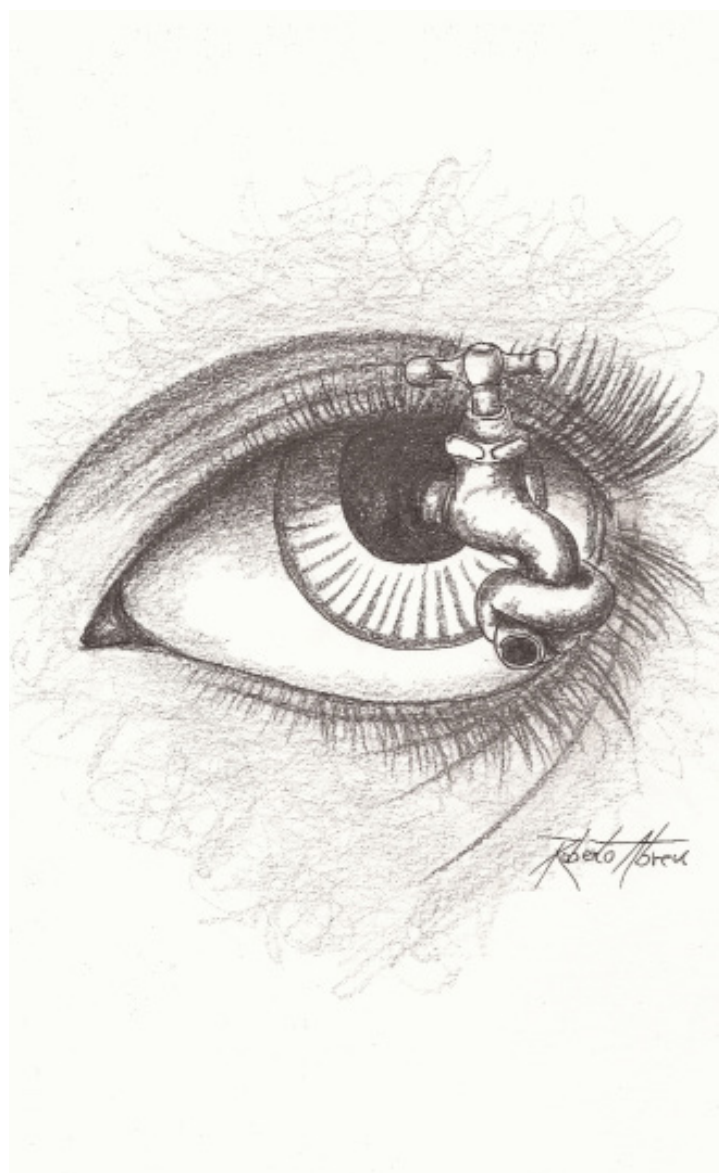
Agradecemos el apoyo del Grupo León Jimenes que, con modalidades y acentos diferentes, continúa siendo solidario con este evento, siempre con el renovado interés de que nuestros escritores y escritoras encuentren en el Concurso de Cuentos de Radio Santa María una vía franca para concursar y, en el caso de los galardonados, ver publicadas sus obras. El Grupo León Jimenes ha puesto proa a tiempos nuevos en el mundo de la economía dominicana, como hemos visto en la prensa de los últimos días, y hacemos votos porque todas las iniciativas que emprenda redunden siempre en beneficio del pueblo dominicano.

Tras esta premiación, a la decimonona versión del Concurso de Cuentos le queda pendiente la publicación de los cuentos ganadores. Dios mediante, en el último trimestre del presente año, en ocasión de la apertura de la vigésima versión del concurso, pondremos en circulación el volumen con los cuentos ganadores que hoy hemos proclamado.

Nos acercamos a las dos décadas de este servicio a los escritores y escritoras del país. No cejamos en nuestro empeño de darle continuidad. Que no se cansen los narradores de contar sus vivencias. Que tampoco falten lectores y lectoras para acudir al encuentro con sus obras.

Muchas gracias.

Cuentos Premiados



Primer Premio

Sin lágrimas

Seudónimo: Anaïs Nin

Autor: Keiselim A. Montás

Corrían los días finales de junio del 2004, y yo deambulaba por las calles y avenidas de Buenos Aires. Me buscaba. No era la primera vez que me encontraba, buscándome, en tierras lejanas, y este también era viaje de búsqueda. Mis días allí eran simples y rutinarios: por las mañanas a un café a tomar desayuno (café con leche y tostadas) y a escribir; cruzaba luego justo al frente a chequear “e-mail” en uno de los tantos centros de internet desperdigados por la ciudad; después, salía a caminar sin rumbo y sin mapa (en cualquier dirección); en un momento, en cálculo impreciso, paraba, me subía a un taxi y pedía me llevaran al centro de la ciudad; sobre las dos de la tarde, si mal no recuerdo, tomaba la primera clase de tango (a eso dije haber ido a Buenos Aires), a la cual le seguía otra; después salía solo (pocas veces con alguien de la clase) y me iba a comer algo y a tomar un café para hacer hora de espera para la clase de las seis; después de la clase de las seis, volvía al apartamento que había alquilado (un pequeño estudio en el 5to piso de un edificio en el Barrio Norte, sobre Larrea

y casi esquina Pueyrredón y Santa Fe) —tan borrosa es mi memoria de ese viaje que hoy tendría que ubicarme en un mapa para saber con certeza dónde estaba. Pero esas coordenadas las recuerdo bien, pues eran mi único norte para poder volver a casa. Después de ducharme, salía a comer al Duero (el mismo restaurante de todos los días, ya tenía mozo que me esperaba —linda persona—, y a comer lo mismo: un bife de chorizo y vino); luego, volvía al apartamento e intentaba leer o volvía a escribir; de ahí decidía si salir a una milonga (donde el humo de los cigarrillos me mantenía siempre al precipicio de un estornudo) o meterme de una vez a la cama para esperar a que amaneciera.

En uno de esos días, en la clase de las seis de la tarde, se me había aparejado una chica holandesa (atractiva y un poco más alta que yo, si mal no recuerdo), y fue entre sus brazos que me llegó la nublazón y el aguacero (a cántaros). Los instructores nos pusieron a hacer un ejercicio poco común: nos pidieron cerrar los ojos para bailar una pieza, pero que ambos bailarores cerrasen los ojos (por lo general solo uno cierra los ojos, no los dos; bailar a ciegas no es recomendable, estoy seguro), prometieron que ellos evitarían accidentes (después de todo no éramos tantas las parejas). El ejercicio consistiría en poner suma atención a una pieza con voz y una sola instrumentación de piano (una pieza que en realidad no es apta para bailar) con el objetivo de no solo alcanzar una mejor conexión entre la

pareja, sino también de conectarse con la música y poder seguir la cadencia (de por sí lenta), guiados por el tono de voz y el repique de las teclas del piano. Solo dijeron que la cantaba un intérprete queridísimo.

Cerré los ojos abrazado a esta chica cuyo nombre ni siquiera sabía, y comenzó la canción a puro piano. Me acogió de inmediato una ansiedad de búsqueda: necesitaba desesperadamente de una cadencia que seguir (ese paso marcado tan esencial en el tangoailable); pero esa introducción parecía zigzaguear casi ascendiente y serpenteando por el alto cielorrasso del salón, o confundirse como humo entre esos bailadores que, reflejados en los altos espejos (también a ciegas), parecían buscar —o esperar— con pasitos cortos y tímidos a que la canción revelara sus acentos. Un medio minuto de preludio, casi eterno y desconcertante, introdujo esa voz que apareció como si saliera de mí; como si ese timbre de voz y esas palabras no salieran a través de la malla negra de las bocinas del tocadiscos, ni de la boca de ese cantante, cuya voz no reconocía entre mi repertorio de tangueros conocidos, sino de mí.

Me perdí por el cielorrasso y en el espejo (debió haber sido por horas), pero al final de la canción desperté frente a la clase entera que me miraba, y yo apenas divisaba los gestos de sus rostros a través del empañado foco de mis ojos ahogados en un llanto que me brotaba, copioso, desde lo

más profundo de todos los años de mi existencia. Saqué del bolsillo trasero mi pañuelo y me sequé las lágrimas; exprimir el pañuelo fue casi necesario. Me llené los pulmones de aire y dibujé una mueca parecida a una sonrisa en los labios, y continuó la lección. Al final, le pregunté al instructor cómo se llamaba la canción y quién la interpretaba. “Sin lágrimas” y la acababa de escuchar de voz del gran maestro Rubén Juárez.

Salí de la clase corriendo y entré en la primea disquera que encontré y allí compré el disco compacto titulado “El Álbum Blanco de Rubén Juárez”. Regresé al apartamento y escuché la canción una vez, otra vez, y otra vez, y otra vez:

*No sabes cuánto te he querido,
cómo has de negar que fuiste mía;
y sin embargo me has pedido
que te deje, que me vaya,
que te hunda en el olvido.*

La escuché hasta que los vecinos del cuarto piso subieron a ver si se había roto una tubería; supongo que alguna gotera salada los habría tocado.

*Ya ves, mis ojos no han llorado,
para qué llorar lo que he perdido;
pero en mi pecho lastimado,
sin latidos, destrozado,
va muriendo el corazón.*

La escuché hasta que se me secó el pozo de lágrimas que llevaba dentro.

*No puedo reprocharte nada,
encontré en tu amor la fe perdida.
Con el calor de tu mirada
diste fuerzas a mi vida,
pobre vida destrozada.*

Esa noche decidí salir a bailar y fui a la milonga de la Confitería Ideal. Al llegar, divisé sentada al fondo, mano izquierda, a la chica holandesa. Para mi sorpresa, ella mostraba con una sonrisa el alegrarse de verme; más aún, se puso de pie y fue a recibirme. Hablamos poco, bailamos mucho, y a pesar de ser ambos principiantes, hubo quien nos dijera que hacíamos linda pareja de baile. Le pedí su número de teléfono y lo apunté en esa libretita que cargo conmigo a todas partes. Me dijo que se estaba quedando en una pensión o algo así. Quedamos en volvernos a ver y que la llamaría para concertar. Me pareció dulce y encantadora; alta, pelo rubio, ojos azules, delgada, y había ido a Buenos Aires a tomar clases de tango, como yo.

Por los siguientes tres o cuatro días, convencido de que me la volvería a encontrar en alguna de las clases o en alguna de las milongas, la esperé en vano. Al cuarto día decidí llamarla y así lo hice. Frente al teléfono, que hasta ese momento no había usado, saqué mi libretica, marqué el número, y una voz de encargada de pensión contestó

preguntando con quién deseaba hablar. Me di cuenta entonces, que había apuntado su número telefónico, pero que nunca le pregunté su nombre.

*Y aunque mis ojos no han llorado,
hoy a Dios rezando le he pedido...
que si otros labios te han besado,
y al besarte te han herido,
que no sufras como yo.*



Roberto Azeiteiro

Segundo Premio

Mariposas Negras

Seudónimo: Piragua

Autor: Valentín Amaro

Lo pensé varias veces. Sabía que debía abrir la puerta, pero ¿qué iba yo a hacer al enfrentarme a un hombre tan viejo como yo?

Le vi llegar encorvado por los años, que imperdonables le habían cobrado todos sus excesos.

Recordé entonces lo brutal del último encuentro, las marcas que quedaron en mi piel, el recuerdo cuando me dejó por muerto y las maldiciones que profirió cuando alguien le contó que todavía estaba vivo.

De un golpetazo abrí la puerta. Las enormes ojeras lo hacían ver como un cadáver. Entendí entonces, que no era a pelear que venía.

—Tengo hambre y sed —me dijo mientras se desmayaba.
Corrí a buscarle algo de comer. Mientras buscaba agua en

la nevera y unas rodajas de pan y queso, recordé la tarde en que nos conocimos. Eran los días de guerra. El presi-

dente había sido derrocado y el pueblo en armas se había levantado buscando el retorno al orden constitucional. Yo entonces formaba parte del Frente Cultural organizado por Silvano Lora y en el que artistas y escritores se habían integrado para hacer sus aportes a favor de la lucha popular. Él llegó una tarde de abril en que nos presentábamos con una lectura poética en las Ruinas de San Francisco. Al final se presentó, dijo que tenía unos poemas que quería que yo leyera para que le diera mi opinión. En ese entonces tenía una apariencia impresionante, blanco, alto, ojos y pelo negro; brazos largos y una siempre dispuesta sonrisa. Corregí los poemas como me lo pidió y, desde entonces, fuimos amigos. Participó en recitales de los que organizábamos y rápidamente se ganó la confianza de los camaradas por su disposición y puntualidad. El tipo era lo que se llama un hombre de sangre liviana, sabía ganarse a la gente. Tenía una especial habilidad para grabar nombres. Con las compañeras era galante y muy fino en el trato. Las risitas de puta de más de una me hicieron entender que lo admiraban.

Todo iba bien hasta que llegó ella. Se llamaba Emilia Gil y era una morena de buen porte. Una hembra hecha y derecha con un nalgón que daba la hora. La recibí como

recibía a todas las compañeras. Silvano me había encargado atender a los visitantes a nuestros actos, que llegaban dispuestos a colaborar con la causa.

Una tarde, después de la exposición que el colectivo realizó, la vi con otros ojos. Todo el tiempo se mantuvo mirándome, como queriéndome decir algo. Me le acerqué y sin ningún rubor me lo dijo muy quedo al oído: estoy sola. Muy sola y la soledad mata. No te sorprendas, compañero; hoy necesito compañía, me dijo. Me sonrojé y ella lo notó. Ahí mismo me tomó de la mano y me dio un beso en la mejilla muy cerca de la boca. Estaré afuera esperando, cuando termines tu trabajo aquí, llévame a algún lado.

Esa tarde recogí todo más aprisa. Él estaba allí y notó mi nerviosismo. También los demás lo notaron. Me preguntó qué me pasaba y no le respondí. Cuando salí a buscar a Emilia, sentí que me espiaba. Cuando desaparecimos en la distancia me volví y en efecto todavía seguía mirándonos.

Con Emilia no perdí tiempo. Compré una tercia de Brugal en el colmado de Fulvio y me la llevé a la pieza donde vivía en la Santomé. Preparé unos Cuba Libre y sin mucho rodeo, la Emilia se me vino encima. Esa tarde se me revelaron infinitas posibilidades del amor. La mujer era lo que muchos sospechábamos: un encanto.

Después de esto nos vimos muchas veces. Cuando regre-

saba del trabajo y había actividad cultural, siempre me esperaba en el mismo lugar. De ahí a mi pieza.

Cierto día llegué más temprano que nunca. Silvano me había instruido buscar unos cuadros a la Palo Hincado en la casa de un amigo que los había donado. Fue entonces cuando los descubrí. Allí estaban conversando. Me les acerqué y les pregunté qué hacían. Ella se adelantó y me dijo que había ido a buscar unas cosas donde una amiga y que por casualidad se habían encontrado. Él asentía con la cabeza cada palabra. En realidad, después de esto presentí que Emilia se lo daba.

Un día, Emilia desapareció. La busqué por toda la zona. Pregunté por ella a los camaradas, pero no conseguí respuesta alguna. Otro día que preguntaba, él no aguantó más y me lo dijo: no la busques, tíguere, hace semanas que vive conmigo. Ahora es mi mujer. No lo pensé para nada. Le fui encima y le partí la boca. Él reaccionó empujándome contra la pared. Varios compañeros quisieron apartarnos, pero fue imposible. Mi golpe fue certero. Ahora, él sangraba profusamente. Lo vi cuando de su cintura sacó un puñal. Traté de evadirlo, pero no pude. Dos estocadas precisas me sacaron de combate. Caí de bruces en el piso. Todo se me fue tornando oscuro, muy oscuro. Vine a recobrar el conocimiento al otro día. Estaba en el hospital, por suerte, a salvo y con una soledad inmensa. Diez días

después salí de allí, pero tuvieron que pasar tres meses para volver a mi vida normal. De él me informaron que abandonó todo y que se había ido supuestamente al norte. Nunca más los volví a ver, ni a ella, ni a él hasta el día de hoy.

Coloqué el pan, el queso y el agua en una bandeja y me dirigí a la puerta. Al llegar, ya no estaba. Ahora y en un batir de alas negras, sólo siete mariposas intentaban salir por la ventana.



Tercer Premio

Héroes

Seudónimo: Byron

Autor: Oscar M. Zazo Martín

Los jóvenes de aquel pueblo, ociosos casi siempre, se reunían en los escalones de la plaza, a la sombra del gran árbol centenario. La inactividad no impedía que su disparatada imaginación juvenil les hiciera soñar con viajes y hazañas. Por eso, junto con los hombres que llegaron aquella tarde llamando a la insurrección desde lo alto del camión, también llegó la oportunidad con la que los mozos alcanzarían la gloria.

Todos sin excepción, empacaron sus escasas pertenencias y desoyendo los prudentes consejos de los mayores, subieron a bordo de aquel improvisado “Banderín de Enganche”.

Como fuera, aquella noche partieron hacia la costa donde embarcarían antes del amanecer rumbo a la capital para iniciar la revuelta.

Las primeras horas fueron de absoluta euforia. Codo con codo como auténticos camaradas, con “hurra” y “vi-

vas” que se sucedían entre consignas cada vez más fervorosas. Su valentía y su sentido del deber les conducirían directamente a la lucha y a la victoria, y regresarían a su pueblo como héroes, donde serían recibidos por las multitudes. Tal vez hasta les hicieran un monumento...

Pero el traqueteo del camino y el ronroneo del sufrido motor fueron suavizando la exaltación; y el ambiente, poco a poco, se fue impregnando de una pesada sensación de sopor.

El amanecer los encontró a la orilla del mar con los ojos enrojecidos por la vigilia y con el estómago encogido por el ayuno, pero la gloria exigía sacrificios, de manera que se subieron de buen grado a la vieja barca que les iba a llevar hasta alta mar para que les recogiera la fragata que habría de enfrentar a las tropas gubernamentales.

Los primeros vaivenes de las olas enardecieron al grupo y enseguida se profirieron gritos, llamando al valor que de inmediato fueron secundados por todos; al rato aún se escuchaba alguna que otra consigna, todavía coreada, pero ya tímidamente. Después, un silencio total se adueñó del bote donde surgían miradas, ora escépticas hacia el capitán y su dudosa pericia, ora aprensivas hacia la enclenque embarcación, extrañados con razón de que aún se mantuviera a flote.

Ellos no lo advirtieron, pero uno tras otro iban adquiriendo en sus rostros un indefinido color ceniciento entre el amarillo y el verde que les confería un aspecto poco saludable.

El olor a humo y a aceite quemado se alojaba en nariz y boca, provocando muecas y las primeras arcadas.

Con cada movimiento aumentaba alarmantemente el mareo que incrementaba las ya incontrolables náuseas.

Después, fueron intercalando las cabezas inclinadas hacia la borda para arrojar lo poco que les quedaba en el estómago primero, y luego la bilis hasta no dejar nada dentro. Pero lo peor aún estaba por venir, porque cuando llegaron al punto de encuentro (que punto habría, pero lo que se dice de encuentro, nada) allí estaban detenidos, esperando a merced de la marea mientras el capitán especulaba con diferentes posibilidades acerca de la incomparecencia de la fragata. El viejo cascarón ahora se movía de babor a estribor y de proa a popa o como quiera que se llamaran todos y cada uno de los puntos existentes o imaginables en tales embarcaciones, en una danza arrítmica y antojadiza, que terminó por someter las últimas resistencias de los maltrechos jóvenes que ya mostraban un aspecto lamentable y unas posturas grotescas: unos, asomados por la borda con cabeza, brazos y hasta la baba colgando

en un estado de semiinconsciencia; otros tumbados en el suelo emitiendo una especie de quejido constante, tal vez provocado por el evidente malestar o tal vez por la imposibilidad de controlar sus esfínteres. Los que tenían más aguante, movían lentamente la cabeza entre los brazos en permanente gesto de negación.

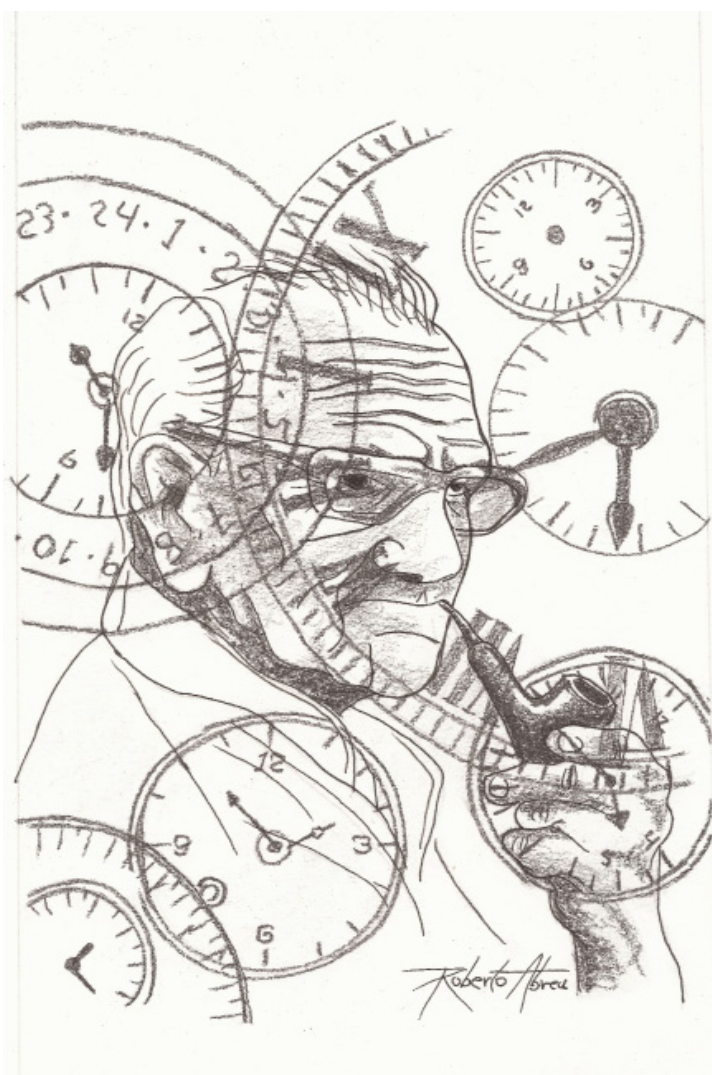
No sintieron alivio alguno cuando el capitán tomó la decisión de regresar a la costa en busca de nuevas instrucciones, porque nadie estaba en condiciones de interpretar, ni esa, ni ninguna otra orden que se diera a bordo.

Finalmente hubo que ayudarles a bajar a tierra, y tuvo que pasar un buen rato para que los muchachos fueran volviendo en sí. Aun estando ya en suelo firme sentados, tumbados o de rodillas, volvían las arcadas con solo mirar la embarcación.

En cuanto pudieron, se fueron enderezando y comenzaron a caminar en dirección opuesta al mar sin decir nada, sin atender a preguntas, propuestas o reclamaciones. Y, como pudieron, regresaron a su pueblo, a ocupar su lugar en la plaza a la sombra del gran árbol centenario, aunque nadie les recibiera como héroes, ni les hicieran monumentos.

¿Y la gloria?

¡Que se vaya p' al carajo!



Cuarto Premio

Vivir

Seudónimo: Marant

Autor: Sara Amaro Alemán

Todavía es la hora en que no sé cómo encenderle un cigarrillo al abuelo. “Los viejos se llenan de costumbres... Aprende a encenderlo ya de una vez, muchacho”. Le digo que no grite. Las calles de Santiago están desiertas pero alguien puede oírnos. Recuerda, este es un hotel decente... Dudo que me escuche. Más licor, por favor, me ordena agitando el vaso de cristal con el hielo casi derretido. Dios le ha dado más de lo que se merece, me dijo alguien hace un tiempo. Que por qué no recuerdo quién me dijo eso. No lo sé. A mi juventud no hace falta que la culpen, a la mala memoria tal vez. ¿Pero qué es tener de la buena, al fin y al cabo?. Por estos tiempos, ya ni nos caben los recuerdos ni los pendientes. Agitados los días, ¿verdad?.

-¿En qué piensas, Eduardo? ...- y al verme con “la expresión vacía de tu padre”, agregó: Le dije a tu madre que no me acompañaras. Este viaje es para hombres. Todavía no sabes madrugar... Bébetelo algo de esto a ver si disfrutas

de la vida. Hablaba atropelladamente y reía hasta dolerle el pecho. Así se nos iba la noche.

Santiago de día no es lo mismo que Santiago de noche. El cielo azul cobija al bello Cibao, tierra fértil vestida de surcos, y una nube de mariposas azules, nativas de algún conuco cercano, revolotean en los jardines del Monumento. ¡Cuánta gente apuesta en Santiago, y que no juegan, diría mi abuelo y luego soltaría una carcajada hasta salirse el aire. Obviamente, yo ni me inmutaría. A mí no me haría nada de gracia el chiste.

-Es la juventud, muchacho, me explicaría el abuelo, encendiendo su jumiadora, como le decía yo a sus espaldas a la enorme pipa “de colección limitada” que fumaba empedernidamente.

-Y una juventud mal llevada, ¿se dice así verdad?...porque a tu edad, y mírame bien a estos ojos estropeados y arrugados, yo me reiría con la última muela de un chiste como este- agregaría mi abuelo, bajándose los torcidos anteojos a la punta de la nariz y acercándose a mi rostro hasta inundarme con el humo asfixiante de la pipa.

-Sí, abuelo. Así es que se dice, pero...- aunque ya tenía mi defensa en la punta de la lengua, lista y servida como un anzuelo y su carnada, tragué en seco y otra vez sentí aquel

remolino en el estómago como cada vez que le veía con las lentillas en la punta de la nariz. Olvídate de lo gacha que se me vuelve la nariz y vive la vida, Eduardo. Y asunto olvidado.

Santiago de noche es ondulantes reflejos de vela por las ventanas de las casas, si asomas bien la cabeza, y faroles para los románticos en este o aquel parque. De día, la vida es otra cosa. Emotivas caras y paisajes de ríos, árboles y montes, eso es lo que ves. Y la luz no se apaga...

“Sal a buscar la vida que a tu lado yo dejé” dice la vieja canción popular que oigo tararear a alguien por los corredores. Por un momento, me imagino, cómo terminará la canción pero ese alguien desciende las escaleras, afincando bien las pisadas, como si quisiese ser sentido por todos los que aun dormían, llevándose consigo el esperado desenlace. Son las cinco y treinta de la mañana y aun en el horizonte no percibo un atisbo de un rayo de luz. El sol se ha dormido entre los frescos laureles de montaña y me digo qué vida más buena esta.

-Eduardo, vuelve a tu cama. Todavía no amanece...

Luego, el fofo sonido de una almohada puesta en otra posición y los ronquidos del abuelo al compás del arrullador tic tac de un reloj de péndulo que se escucha desde quién sabe dónde. Estamos en Santiago de misión “por estupor

de un suceso”, me dijo el abuelo, justo antes de que mi maleta chocara con el helado piso de la habitación del hotel. ¡Cómo habla el abuelo!, pensé y descargué la pesadez de mi cuerpo acalambrado por el viaje en el ancho camastro.

El abuelo es mecánico de coches antiguos y vive en una angosta calle de Mao, donde el peatón prefiere la calle antes que la acera. Al abuelo Fermín le gustan las cosas antiguas: el “sonido sesentero” de la bocina de su jeep Land Rover, los pantalones de espejitos que vendían en 1975 en la tienda Las Margaritas y el mercado de chucherías del siglo XIX de Esperanza. La casa verde número diez, frente al flamboyán torcido de color amarillo, así le oía decir al teléfono a algún cliente perdido entre calles parecidas. El taller se encontraba en el traspatio y de allí salía todas las tardes a las seis en punto, color azabache, bañado en aceite de motor y con la cara embadurnada de sudor pegajoso que le chorreaba hasta las manos. Bueno, no todas las tardes; otras no sé adónde iba mi abuelo y la casa verde me miraba como inquiriendo ¿y ahora qué vas a hacer?. Eventualmente, cerraba los ojos y dormía.

A las seis y cuatro de la mañana, una enorme bandada de pericos cruza el cielo despejado de Santiago y ocho minutos más tarde, amanece. A través de las finas cortinas en tul del balcón, miro a mis espaldas y descubro las sombras del abuelo. Me pregunto cuánto tiempo llevará ahí parado,

si me habrá visto tirar piedritas a la cuneta o seguir con los dedos el rastro del rocío en las hojas de la areca del balcón. Pero sus ojos me responden en voz alta. Sí, mucho tiempo.

-Café liniero...- me dijo esbozando una socarrona sonrisa y me ofreció una taza, alargando su brazo desnudo hacia mi cara. Esperé por su inminente carcajada, pero su rostro, aún con marcas de las sábanas -no: más bien eran trazos geométricos- permaneció frío como neblina de montaña.

-Abuelo, ¿bebiendo licor tan temprano?!-

-Eduardo, dale gracias a este traguito que no se me seca la garganta de tantas veces que te digo que vivas la vida ... - y siguió hablando con cualquier otra cosa menos conmigo, porque yo...yo me quedé perplejo, parado en el balcón, mirando cómo se alejaba.

-¡Eduardo!

Eso fue lo que escuché, un fuerte grito, y otra vez yo de vuelta desde la intrascendencia de algún pensamiento trivial hasta el hotel Mercedes de Santiago, habitación “doble con vista al cielo”.

-El abuelo ya se fue - y encendió la dichosa jumiadora. Y la humareda cobró vida.

El viejo Land Rover todoterreno del abuelo llevaba nombre y apellido: fuera del mercado. Su carrocería era similar a la de un tren bananero del Noroeste: llamativa, oxidada y ruidosa. Sin embargo, recorrer las calles de Santiago montado en semejante aparataje era una experiencia sin igual. Nunca me quejé.

- En Santiago, las distancias son cortas, me dijo el abuelo cuando le pregunté, por tercera vez, cuánto faltaba para llegar.

- Lo que pasa es que ya me descubrieron este atajo. ¿Sabes?, hace unos años solo yo sabía de él. Ahora, ya ves el tráfico que hay. Qué puedo decirte, muchacho; el tiempo se roba los secretos y nos hace llegar tarde-.

- ¿Tienes alguna cita?- le pregunté mecánicamente, mirando por la ventanilla cordeles de carne salada al sol y a las moscas en nubarrones, también, en un tramo del camino.

- No -me respondió cortante y seco.

- A caballo nos hubiera salido mejor - susurré malhumorado y cansado ya de una eterna y letárgica hora de pesados vaivenes y choques contra las peñas de la tortuosa carretera. El abuelo no me escuchó; estaba sumido en su mundo paralelo. Nunca me habló de él...pero qué digo, nadie

nunca habla de ese mundo, aunque todos lo tenemos.

- Eduardo, cuando lleguemos no te desmontes. No te quiero en líos de viejos.-

“Sal a buscar la vida que a tu lado yo dejé, y de paso tráeme una que dé gusto”. A punto estuve de cantarle al abuelo mi nueva versión de la canción de “El solo manso”, pero no quise oír su risa estrepitosa; me daba escalofríos.

- ¿Cómo es eso de la inflación, Eduardo? -preguntó el abuelo seriamente.

- No sé, abuelo. Todavía no he dado esa materia -agregué sin mucha importancia.

- Pues, uno de mis suplidores ha subido los precios de forma exorbitante dizque por eso y no sé cuántas cosas más. Y bien, estos casos hay que resolverlos frente a frente, ¿sabes?....por si acaso es cierto esto o, simplemente, él se bebió unos tragos de más. O todas las botellas que encontró, en este caso.

Unos bueyes se atravesaron en la vía, haciéndonos demorar diez minutos en espera de su lenta pasarela. Abuuuuul, vociferó un simpático campesino que iba tras el ganado, quitándose el sombrero de paja en un gesto de saludo. Después, nadie habló durante el resto del viaje. “Efecti-

vamente, un poco más largo el trayecto y llegamos a La Patagonia”, pensé y bostecé largamente.

- Aquí es -dijo el abuelo y detuvo el auto. El motor, al apagarse, me consta hasta el sol de hoy, que hizo como si explotara o convulsionara, despertando a todos los gallos dormidos de los alrededores que comenzaron a cantar al unísono. No hubo forma de atenuar el bullicio insoportable al extremo de fundirnos el uno en el otro por un tiempo prolongado.

- ¿Y esto era?- musité nuevamente con cara de evidente asco al percatarme dónde por fin se había parado el viejo Land Rover. Bueno, no es que hubiera visto mi expresión en algún espejo, pero la sentí. Esto no tengo que explicarlo.

Unas ruinas, un basurero y un chiquero maloliente era esto. A cien metros de distancia, se levantaba una edificación de dos pisos y un tercero a medio construir, con las varillas al descubierto y las paredes sin empañetar. Nos quedamos escuchando el triste rumor del viento y viendo las flores del roble caer. Pasaron cinco minutos. Yo que soy un hombre de tiempo los conté, indudablemente. Al instante, un hombre impecablemente vestido surgió del interior de la casa y, sin acercarse, nos miró detenidamente y tras unos largos segundos volvió a entrar. El abuelo me

miró fijamente y la calma del momento me asustó.

- ¿Alguna vez te hablé del hombre de los tornillos?

- No, nunca. ¿Qué pasa...? Súbitamente mi mirada se clavó en sus grandes ojos almendrados.

- ¿Y a quién le habré contado? - murmuró y se desmontó ceremoniosamente del viejo Land Rover, tiró la portezuela -para que se cierre bien, me dijo- caminó en silencio hacia la casa de cemento de dos pisos y medio. Entró por una puerta y asunto olvidado.

Ahora sí, alguien que me saque de aquí. Había plumas de gallo por doquier, no sé por qué se me apretaban las tripas y el verlas flotar y pegarse de mi boca reseca me escocía la piel. Toqué desesperadamente la bocina varias veces. El nauseabundo olor a cuero de chivo mocato mezclado con excremento de animal, cualquiera que fuese, produjeron en mi el deseo de salir corriendo y perderme. ¡Perderme!

Quizás me mareé y me quedé dormido de boca abierta porque desperté con una pluma de gallo casi atravesada en la garganta y la voz del abuelo, al otro lado de la ventana. Tosí fuertemente y escupí en la tierra húmeda, y arranqué violentamente la pluma de mi boca y la tiré sin mirar donde cayó.

-¿Oíste lo que te dije? -me preguntó el abuelo ya montado en el asiento del conductor y encendiendo el motor, con calculada parsimonia.

- ¿Qué?...No -balbuceé y pensé en la nostalgia. Precisamente, en ese momento, me di cuenta que no la había sentido nunca.

-Ciertamente, ya lo decía yo, el hombre se bebió todas las botellas que encontró.

Sentí su carcajada en el mismo centro del tímpano. Volteé a ver el camino forrado de plumas ensangrentadas y contemplé cómo las formas de la lúgubre casa se descomponían por efecto de la refracción de la luz hasta desaparecer en el difuso horizonte. Todavía hoy persiste en mis narices el ácido olor a excremento y sangre de aquella tarde. Pensé que la risa del abuelo se había quedado presa en algún rincón de aquella finca. Sin embargo, ayer sonrió cuando le dije que contaría esta historia. Mañana cumplo años.

Menciones de Honor

Primera Mención

La historia incautada

Seudónimo: Montecristo
Autor: Menoscal Reynoso

Todos los cerrojos estaban condenados y cada candado aseguraba la puerta que le correspondía. Los cristales de las ventanas, portones de la terraza y el balcón, por igual, no tenían espacio por donde pudiera escurrirse siquiera un viento de agua, por lo que no me explicaba cómo aquel desconocido se encontraba justo en el quicio de la puerta de entrada al salón de estudios, en momentos que repasaba la última versión de la novela que escribía.

Se trataba de un hombre de alta estatura, de piel blanquecina, casi albino, y el pelo amarillento; con anteojos de cristales de miope, en una montura de pasta color mostaza. No portaba arma a la vista, aunque su mano derecha la cubría con unos guantes de cirujano, del tipo desechable, como en busca de no dejar rastros de sus huellas dactilares. Se le veía sudoroso, pero nada agitado. Su rostro, un tanto frío y paciente. En cambio, yo tenía un semblante de

tensión, hamaqueando con nerviosismo la mecedora en donde trabajaba. Ambos resistimos la sugestión de las miradas en un sacrosanto silencio, sin parpadeo, sin siquiera un amago. Psicológicamente desafiantes.

¿Cómo llegó usted hasta aquí?

No son asuntos que le conciernen, no tengo por qué declararle los recursos usados para penetrar al interior de esta vivienda.

¿A quién más, sino a mí, debe importarle la violación a la privacidad de la casa en donde vivo?

Preocúpese por su realidad.

¿Dígame qué quiere usted? No soy hombre de fortuna, por quien pueda pedir alguna recompensa; además, si llegó justo a donde me encuentro es porque conoce de mis cosas.

Exacto, lo conozco muy bien.

Entonces, ¿detrás de qué anda? Podría darle lo poco que tengo de valor, pero, por lo que más quiera, no me haga daño, no soy persona de conflictos y detesto la violencia.

También lo sé, señor Nicasio, por eso me he presentado de esta manera a su casa; aunque violencia no significa tan sólo agresión física. Hay otras modalidades peores que a veces causan más daños en los seres humanos que una estocada en el costado.

Le repito que usted ha penetrado a un espacio privado y es proclive a una acusación criminal.

Ya le dije que se preocupe por su realidad, no por la mía,

que es muy distinta a la suya.

Pero, ¿a qué maldita realidad se refiere usted? No me haga incomodar!

Allá usted; me importa un comino que se incomode, aunque evite alterarse demasiado, no vaya a provocar contratiempos impredecibles.

Explíqueme de una vez y por todas ¿a qué penetró a mi residencia? ¿qué le interesa?

Tan sólo el texto.

¿De qué texto me habla?

Del más reciente libro que escribiera.

¿Por qué razón tengo que entregarle mi creación literaria a un desconocido?

El atracador no respondió y retornó el mutismo, esta vez cargado de mayor tensión. Habíamos intercambiado palabras, y por lo menos yo ya sabía lo que buscaba el extraño, aunque en mi más profunda convicción no encontraba explicación alguna del interés del desconocido por la novela que escribía.

Si quiere lleguemos a un trato, le firmo un cheque por casi la totalidad de mis ahorros y se larga usted de mi presencia.

No me interesa su dinero, ya le dije detrás de qué ando.

¿Es acaso usted un sicario, un enviado pagado por alguien que me quiere hacer daño?

No tiene usted que interrogarme, aquí el que pregunta soy yo. No pretenda manejar mi tiempo, que bastante complicado lo tengo.

¡Es que no puedo entregarle estos diez años de trabajo intelectual!

No le he preguntado los años que tiene escribiendo esa historia ni me interesa; porque estoy bien enterado del tema, señor Nicasio.

Le repito, ¿quién diablo es usted?

Oiga, señor; me está impacientando con sus preguntas, y le advierto que estoy armado, aunque por respeto a la solemnidad del lugar en donde escribe y a su nombre mismo, no quisiera llegar al extremo de sacarla, además, allá abajo hay otra persona, también armada, a la espera de cualquier llamada.

Es que no encuentro explicación a este ultraje en mi propia casa, supuestamente en busca del borrador de mi novela.

Tan solo entréguelo y damos por concluida mi visita, asegurándole que jamás sabrá de mí, salvo que quiera hacer cualquier disparate de esos, que en nada le convendría.

Le planteo otro tipo de acuerdo si, como dijo, no le interesa el dinero: me comprometería a escribir otra obra y patentarla con su nombre, si es usted un escritor frustrado, o le han puesto de encargo escribir alguna historia novelada que no sabe siquiera cómo empezar.

No soy escritor ni me interesa ver mi nombre en la portada

de ningún libro; no le dé más vueltas al asunto y, por Dios, facilítame la retirada, porque no quisiera que mi primo se impaciente y suba a enterarse de lo que sucede. Él tiene un temperamento diferente al mío y a veces se torna belicoso.

No hay problema, le entregaré lo que quiere, pero le ruego que no haga mal uso de ella.

Olvídese de discursos.

No son discursos; le pido, por favor, que si a usted o a su jefe le interesa publicar mi historia con su nombre, o el de cualquier otro, no la vayan a tergiversar, no eliminan absolutamente nada. No quisiera que mi reputación ruede como cualquier trasto oxidado, ya que me ha costado muchos años y sacrificios crear el nombre que tengo y precisamente la terminé de corregir hace algunos momentos para enviársela al editor.

¿De qué reputación me habla usted?

¿Cómo que de qué reputación? De la que he construido a lo largo de estos cincuenta años como escritor y las treinta y tantas obras publicadas.

El teléfono de la casa timbró y de nuevo retornó la nerviosidad. Nos miramos de forma amenazante. Yo, con las manos temblorosas con la intención de levantar el auricular, y el atracador advirtiéndome con la mirada que no lo intentara. Cuando moví el brazo derecho, mi adversario se levantó la parte de la camisa en donde guardaba la pistola que sostenía su correa en el cinto, dejándola al descubier-

to. Sin embargo no la tocó, tan solo la mostró de forma intimidatoria, lo que me provocó un cambio brusco en el semblante y empecé a chorrear un sudor pavoroso.

Es usted muy cobarde; pienso que el cojín del asiento de su mecedora debe estar empapado de orina.

Se equivoca, lo que sucede es que le tengo fobia a las armas de fuego, luego del asesinato de mi hijo casi encima de mis talones.

También sé de esa historia; la leí en un relato de los que publicó en uno de sus libros; por eso le reitero que es un cobarde, ya que se delata en su propia obra. No fue capaz de salvarle la vida a ese indefenso joven enfrentando a los asesinos.

Es más fácil criticar que escribir. En la mayoría de mis trabajos literarios, sobre todo en mis cuentos, mezclo la realidad con la ficción y en esa amarga historia hay algunos acontecimientos que no están descritos, por asuntos muy personales, de los que no tengo que darle explicación a un ignorante como usted.

*Está bien, señor Nicasio, no se trata esto de una tertulia sobre sus obras; mi papel ahora es puramente delincuen-
cial, porque buscando algo suyo, que también es mío, he
violado la seguridad de su casa.*

Nunca podrá ser suya una obra que no ha escrito.

De nuevo le pido dejar la retórica; me estoy incomodando.

Mire usted el borrador del libro.

¿Qué nombre le puso?

“Tras la estela de un traidor”.

¿Qué título más desgraciado ese!

Ya se puede marchar.

¿También me ve la cara de estúpido?

¿A qué viene eso, si era lo que buscaba?

No puede negar que es un hombre muy inteligente, pero tampoco quiera jugar con la mía. Con razón ha logrado tantos lauros y premios internacionales. Consíganos todos los archivos impresos, los discos y las memorias en donde esté grabado el texto y encienda las computadoras, porque, cómo se puede ver, no es un borrador escrito a mano, está digitado.

¿Qué cosa dice?

Eso mismo que escuchó. Ahora le toca a mi primo, que es quien sabe de computación; él le pedirá lo que técnicamente necesita.

Un joven con camiseta ceñida atléticamente ascendió hasta el segundo nivel de la vivienda, pero, contrario al otro asaltante, cargaba una pistola en su mano izquierda, lo que ocasionó de nuevo la sudoración de Nicasio.

¿Dígame, primo, qué es lo que pasa? Has durado demasiado tiempo en este asunto; pensé que se trataba de un trabajo de escasos minutos, pero al parecer te pusiste a charlar con tu admirado escritor, ¿o acaso no encontraron la pluma para

que te dedique uno de sus libros?

No te propases y ponte a trabajar.

Para empezar, necesito acceso a todas las computadoras.

Los trabajos literarios los escribo en el ordenador de mi habitación y, a veces, en la portátil.

De todos modos, quiero que encienda las tres computadoras y les quite el código de seguridad.

Párese de esa mecedora, Nicasio, y busque las copias grabadas en discos y memorias.

Todo está ahí, en la mesa del equipo en donde trabajo.

Escuche bien, señor escritor; nosotros conocemos su rutina y sabemos que hoy es su día sagrado, que en su casa no permite visita de nadie ni toma llamadas telefónicas; ni siquiera la mujer del servicio trabaja hoy; por lo tanto, le advierto que estamos dispuestos a amanecer con usted, si es necesario, hasta llevarnos el último vestigio de esa jodida historia, aunque tengamos que recuperar cada una de sus palabras removiendo las losetas que cubren este piso.

No me voy a negar a colaborar, pero quiero que me responda por qué dice usted que la historia que con tanta dedicación he escrito también es suya.

Avance y no haga más preguntas; ya le dije que mi primo, cuando se desespera, comete muchas locuras y, como lo escuchó, siempre fui un admirador suyo.

Entonces, si me admira, ¿a qué se debe este bochorno?

El trajinar, tras la búsqueda de papeles y discos, dejó de nuevo la interrogante en el aire, produciéndose una vez más la mudez en el salón, creando un alboroto en las dos habitaciones contiguas.

Creo que están aquí, hay tres borradores encuadernados en espiral, otros cuatro impresos entre folders, un manuscrito a mano, cinco discos y dos memorias USB.

Revisa bien, para que formatees las computadoras y las USB, porque no me interesa llevarme nada de este lugar, que no sea ese texto.

Por favor, pueden borrar los archivos de la historia que buscan sin formatear los equipos, ya que tengo documentos de mucho valor que nada tienen que ver con la novela.

Los dos atracadores se miraron, como consultándose ante mis ruegos, y luego me observaron con ojos de piedad, intercambiando unos ademanes de aceptación de mi súplica.

Lo que te pido, primo, es que revises bien las computadoras, no vaya a ser cosa que ese archivo se oculte y lo pueda recobrar un gurú contratado por él; aunque no tengo que trazarte pautas en ese sentido.

Pienso que ya terminé, podemos irnos.

Esperen un momento, ahora soy yo quien no quiere que se vayan, porque este es un hurto fuera de serie, difícil de

entender, digno para ser narrado en una novela.

No se preocupe por entender nada.

Usted refirió que buscaba algo, que también es suyo.

Sí, es así.

¿Por qué razón, si casi nadie conoce la historia que estoy narrando?

Se equivoca, señor Nicasio, soy de los pocos que la conocen o, más que conocerla, de tener claras referencias sobre lo que usted cuenta; por eso, cuando me entregó el borrador que corregía, de inmediato di lectura a algunas páginas en donde aparece parte de lo que buscaba y la razón que nos trajo hasta aquí.

¿Qué busca usted en un texto que no ha salido a la luz pública, que aún es inédito?

Por ser inédito es que hemos entrado a su casa.

Son ustedes unos maniáticos.

Solo quiero que sepa que la familia está por encima de todo y hay que salvaguardarla, cueste lo que cueste, en especial su honra y dignidad.

Un asaltante que irrespete la tranquilidad de otros no puede hablar de familia y mucho menos de honra.

¡Ya cállese!, y si le sirve para algo, escuche la afrenta que escribe en la página 54 de esta historia, señor Nicasio:

“Esa familia descendía de las raíces más miserables de los tiranos, de la misma que había exterminado a una suma innumerable de valiosos jóvenes, tan solo porque se oponían a su oprobiosa dictadura.

Robert Viera Cobiano era condiscípulo del déspota, mientras que a

su hermano Gerald lo consideraban uno de sus principales asesores. Espigados, con rasgos de nazis alemanes, encubrieron sus juegos en el propio juego, ya que los casinos se convirtieron en su principal entretenimiento.

La separación de Robert, de su esposa Raysa Velauder, luego de enterarse de los amoríos de esta con el sobrino del tirano, produjo resultados dolorosos en el seno de esa opulenta familia, ya que el hijo mayor, Roberto Viera Velauder, apenas con ocho años de edad, trató de suicidarse y luego desapareció sin dejar rastro alguno, aunque se comenta que falleció atropellado por un automóvil”.

No voy a continuar leyendo, señor Nicasio, porque fue usted quien la escribió.

¡Aún estoy sin entender!

Si la escribió debería entenderla.

¿Perpetraron este asalto solo para rebuscar mi historia y acentuar uno de sus más interesantes episodios?

Asimismo, es usted un perverso. Nadie, por más fama que tenga, puede corromper la historia y pretender poner a circular ofensas que atentan contra la honorabilidad de una familia que lo ha dado todo por la libertad y la soberanía de nuestra Patria, contrario a usted, que fue uno de los escritores fantasmas de la tiranía.

¿Y qué sabe usted de historia y con qué calidad se atreve a cuestionar mi obra, aún en el marco del secretismo en que se encuentra?

Tengo más calidad que usted, quien escribe por encargos

para las peores causas, en base a rumores, y que no se dignó investigar para escribir ese adefesio.

Es mi obra.

Pero es mi historia, Nicasio.

Usted es tan solo un usurpador.

¡No, soy Roberto Vielá Velauder, quien nunca desapareció!

Segunda Mención

Coleccionistas

Seudónimo: El Gran Dictador

Autor: Franz Manuel García Zorrilla

6:17pm.

La calle estaba negrecita. La lluvia formó en la tarvia, alrededor del camión recolector de basura, una corona de acacias amarillas.

En la acera, con el periódico de la semana pasada en la mano, el viejo miraba el vientre de metal, verde y vacío, del camión intruso estacionado frente a él.

En la casa de al lado, la muchacha del uniforme blanco y la señora del collar de perlas, se asomaron triunfantes a mirar el duelo.

El viejo se rascó la gris barba, dobló el periódico y pausado lo colocó a su espalda, junto a las demás piezas de su colección, pegado al muro del que a poco a poco se apropió.

6:17pm.

En la mano izquierda una copa de vino a medias y un cigarrillo por encender.

En la mano derecha, la cajita de fósforos vacía, luego su

cartera, el cofrecito centro de mesa que le regalaron, la cartera de nuevo, la cigarrera, el encendedor, el cenicero y finalmente un cojín.

-Del piloto no sé nada, desde hace dos semanas. Pero está este otro tipo, nada serio, que va. ...Es, como yo le digo, el sabor de la temporada.

Echada en el piso, la gata jugaba entre los colmillos del perro, arañándolo con las cuatro patas que nunca dejaba de mover.

Sin apretar la mandíbula, el perro sacudió el hocico con violencia.

Ella dudó un minuto, sonrió arrugando los ojos y continuó.

-Cuando hay química, no importa si es con un tipo o una tipa, hay química... Al menos así lo veo yo.

Y pensativa, dinamitó.

-¡Pero es que esta maldita sociedad, es taaan etréi!

Los animales se paralizaron. La baba del perro colgaba, empapándole la panza y las patas a la gata. Atentos, la observaron unos segundos.

Y la tregua se rompió.

-Me vale, con mujer y hombre. Pero sola con una mujer nunca. No sé, es que falta algo.

Sonrió y seguido se acabó de un trago la copa.

6:17pm.

Siete costillas. Clavícula. Pulmón perforado.

El pobre se durmió del jumo y se estrelló contra un poste de luz, suponían todos fuera de la sala de cirugía, al ver las fotos del carro vuelto un croissant.

Un viernes atrás lo habían despedido del trabajo, pero el seguro todavía estaba vigente. Qué suerte la suya. Qué tipo con suerte.

Llegó a los once meses en este último empleo. Sentó cabeza.

-En serio. Sentó cabeza. Estaba vuelto un modelo.

En la sala de espera, todos se preguntaban por qué lo habían botado de aquella oficina.

¿Cómo? ¿A Santo de quién?

-¡Un maldito abuso!

Seguro a alguien le cayó mal, pensaban.

-¡Obligáo! Porque de verdá. Él cambió muchísimo. Era ejemplar.

8:23pm.

La colección poco dejaba ver de la hermosa pared de piedras grises-acua de la residencia de dos niveles y seis parques, una vez famosa por su fachada de enredaderas con hojas lustrosas y verdinegras, que la señora de la casa tanto rezó para que crecieran.

El viejo de mirada perdida caminaba descalzo de un lado a otro, por el espacio de la calzada que aún no se tragaba

su colección.

Sacudía las gotas de lluvia reposadas en su traje de funda plástica negra e impaciente, retomaba conteos por mitad ,que perdió en algún lugar de su cabeza.

-Cuarenta y siete, cuarenta y ocho. Ciento dos, ciento tres, ciento cuatro.

Y pasaba con ansiedad de galones viejos de agua, cloro y Mistolín, a cajas dobladas de cartón corrugado, a revistas viejas, a fundas con botellas vacías de cerveza y vino.

-Doce, trece, catorce.

Y señalaba con la uña negra, tanto las cubetas de pintura llenas de papel, que saltaban a la vista como las que se escondían detrás de los sacos de tela repletos de latas y tapitas de botellas.

Todo seguía allí. Todo un poco más podrido por la lluvia.

8:23pm.

En la mano izquierda, la copa de vino servida al tope y una colilla de cigarrillo.

En la mano derecha, el corcho, el control del radio, un arete de brillito, el celular, un mechón de pelo castaño y al fin el cojín.

Abrió un par de gavetas de la mesa de centro.

Apilados, montones de fotos que había guardado con el tiempo.

Tomó unas al azar y en seguida se halló.

En la playa, con el bronceado pasado de tono junto a un chico pasado de moda.

En su casa, casi desnuda entre brazos tatuados.

En Las Terrenas, Cabarete y Ocoa. Tres temporadas. Tres sabores diferentes.

De noche, besándose, quién sabe dónde con Dios sabe quién.

En su cama, con ella y él.

La tercera botella de vino agonizaba sobre la mesa. Y un extraviado sorbo de la primera se descomponía sobre la alfombra.

-Si no me caso antes de los treinta y cinco, ya no lo hago. De verdad, ya es difícil acostumbrarse a otra gente.

Pateando, rotando y mostrando dientes de alfiler, la gata se salió del hocico del perro.

Patada en el ojo del rival.

El perro, mandíbula entumecida y ojo averiado, gruñó de súbito atrapándola de nuevo.

La gata sintió el arrebató en las costillas y lanzó un ahogado maullido.

-¡Dejen de jugar así, carajo!.

Y miró a los animales como quien mira a los hijos que pelean.

8:23pm.

Tráquea lacerada. Desplazamiento de vísceras a caja torácica. Extracción de bazo.

-O sea. Él iba bien. ...Responsable, 'taba en lo suyo.

La gente seguía llegando. Como suero.

Gente que bebió con él, el viernes, en su despedida de la oficina.

Gente de la oficina en la que trabajaba antes de esa. Y gente de la anterior.

Gente acumulada, de ocho empleos diferentes, en los últimos tres años.

Gente de ocho recepciones distintas con bebederos y listas de cumpleaños particulares.

Si alguien conocía el discursito de “vamos a prescindir de tus servicios” era él:

-“no es nada personal”,

-“estamos reestructurando”,

-“si la cosa cambia te vamos a llamar”,

-“son órdenes superiores”,

-“si fuera por mi...”

-“eres un buen muchacho, pero...”

En el pasillo, las escasas sillas de plástico pegadas al suelo no alcanzaban para todos.

La gente se dividió en grupos:

Los que salían a fumar al parqueo, porque necesitaban un cigarrillito para reconstruir los hechos.

Los que no habían comido nada en el día porque salieron

corriendo al enterarse, y se consolaban con un sandwich de pollo y una paleta de helado.

Recomendación de la doña de la cafetería.

Y los más dramáticos. Los corresponsales del trauma y adictos al llanto, que junto a la familia no se alejaban de las compuertas de la sala de cirugía.

12:41am.

En la mano izquierda, una copa vacía que viaja hasta la mesita de noche.

En la mano derecha, cuatro cojines que fueron a parar de su cama al suelo.

Ya desnuda y arropada hasta el pecho, se percató de la molesta luz de la sala que entraba y le lamía el cachete. Pero no tenía ganas de levantarse.

-La verdad es que no aguantaría a nadie. Ni a mí.

De verdad... Soy insoportable.

Cerrando los ojos, levantó la voz que se clonó en la casa vacía.

-¡Solo ustedes me aguantan!

Junto al sillón de la sala, asustado, el perro levantó las orejas y movió los ojos como muñeca barata. Todo su cuerpo, de hocico a rabo, se inflaba y desinflaba apresurado, sin separarse del suelo.

Debajo del sillón, aparentando comillas de una frase por escribir, se distinguían las cuatro patas de la gata, mancha-

das de coágulos.

Al fin quieta.

12:41am.

Falta de oxígeno en el cerebro. Pronóstico reservado.

La mitad de la gente se marchó.

La mitad que solo pasó como para dar el pésame.

-Desde que salga de esta lo ubicamos.

Yo tengo un amigo que lo puede contratar

El doctor salió de cirugía. Sin sangre en la bata. No como en las películas.

Nada que ver.

Salió junto a una enfermera que esperaba dos pasos atrás.

El doctor habló con la familia.

-Es un muchacho fuerte.

Váyanse a casa.

Si la cosa cambia los vamos a llamar.

Y siguió con la enfermera directo a la cafetería.

-Raro que no se matara

Susurró. - *Qué tipo con suerte*

12:41am.

Nadie vió al chofer del camión de basura conducir hasta el frente de la pared cancerosa, ni marcharse dejando estacionada aquella misiva del cabildo, con capacidad para tonelada y media de basura.

Como evitando tomar partido, los más interesados no estaban, los dueños de la residencia de dos niveles y seis parques. Y de la enorme pared de piedras gris-acua con enredaderas de hojas lustrosas y verdinegras, secuestrada por la colección del viejo que la cubría casi toda.

Desde lo alto, la clara luz del poste delataba la edad del viejo, sentado cómodamente en una lata vacía de aceite, tapizada con quince hojas de periódico.

El viento de la noche acariciaba su descuidada barba.

Las luces de las ventanas vecinas por fin se apagaron.

Y esperó, con la mirada perdida y un palo entre las manos.

Sus ojos, cansados, se abrían y cerraban, como retomando algún conteo dejado por mitad en su cabeza.

Tercera Mención

La Cid Campeadora

Seudónimo: Caminante

Autor: Altagracia Pérez Pytel

Muy pocos entendían cómo lo lograba, pero contra el tiempo y todas las circunstancias, establecía un record a diario que se evidenciaba cuando era la primera en llegar e interponerse ante las jeepetas, especialmente, las más lujosas de los alrededores.

En ocasiones, los conductores, al verla avanzar tan indómita y, certera, atravesar el fluir del tráfico, le silbaban porque además contemplaban cómo se recortaban sus senos, mórbidos, sugestivos bajo la tela de su vestido.

Pero precisamente, esta era una de sus armas, la que utilizaba para emprender la faena diaria, y aun convencida de que exhibía un escote con una abertura en v, algo desafiante, solía excusarse a sí misma, porque decía servirle para guardar rápido, una carterita blanca, muy manoseada.

Por declarar una vez, en un desliz, que era el mejor sitio de reserva para su dinero, esto provocó una lucha con uno de sus amantes, en la cual tuvo que aplicar técnicas casi san-

grientas, cuando este intentaba arrebatarle de sus senos la cartera que amañadamente servía para sus ahorros.

Más tarde, él comprendería que eran inútiles sus intentos de robo, porque ella, muy astuta, había optado luego por guardarlo en una tinaja, junto a unas monedas que por su color eran casi sagradas. Convencida ella de su decisión, vio, incluso, cómo los demás de su profesión, ya ostentaban hasta tarjetas de crédito.

Pero, era muy fiel a sus costumbres —aunque era considerada fuera de época—, acudía disciplinada a sus aventuras; siendo la primera en abalanzarse sobre los vehículos, y ya había ganado cierta fama con un grupo de ellos, los cuales consideraba como parte de la cartera, de sus clientes preciados.

Continuamente se exhibía jubilosa, como pelotera que da muchos jonrones, lo que le permitía jactarse ante los demás, mostrando ufana su proeza por ser siempre la primera. El signo de su estirpe lo interpretó una tarde cuando, poseyendo tan solo unas siete primaveras sobre su piel, tuvo que demostrarle a su hermano mayor que, si ella se lo proponía, nadie podía arrebatarle la delantera, pues tuvo que ascender para ser la primera en llegar, en una carrera donde debía bajar unos cocos.

Esto lo fue convirtiendo en una hazaña cotidiana, que trasladaba a una batalla contra el reloj, aunque nunca había tenido uno en sus manos. Afirmaba que llevaba en el ritmo de su cuerpo y, en el cerebro, un sentido común tan sincronizado al deslizar del tiempo, que le permitía determinar, de manera intuitiva y precisa, el giro que daba el reloj en la marcha y estación, en los segundos y las horas.

Nunca le había fallado su reloj biológico; cuando la manecilla arribaba a la hora señalada, en una acción veloz, no interrumpida por el sueño o el más acusado de los cansancios, se alzaba de la cama, enérgica y a veces, se adelantaba al saludo de los gallos.

A sabiendas de la odisea que le aguardaba, se santiguaba rápidamente el rostro con un poco de agua, en un ritual que demandaba también adentrar los dedos para adecentar la boca, que luego recibiría un café ligero que, desde su juventud, había establecido como su desayuno.

No importaba que sus pies conllevaran las cicatrices y huellas del agotamiento; arreciaba imbatible por aquella carretera de 10 y pico kilómetros de largo, que por años la había visto caminar, sin que nadie lograra convencerla de tomar un autobús.

A veces bajo soles ardientes, implacables, vaciados luego, en aguaceros que anegaban las vías, transitaba bajo auro-ras nubladas.

Aseguraba que aún no se detenía ante los años que, briosos, avanzaban con grietas multiplicadas, ramificando su cuerpo y que no se permitía reconocer el cansancio, mucho menos la deshonra de llegar un día tarde a su compromiso.

Había tenido que levantar una familia por sí sola, de hermanos añadidos y criados junto a los que tuvo por su propio vientre; diez muchachos en total llenaron su rancho, junto a la abuela y a su madre, a las que trajo consigo a los arrabales del pueblo.

Y, luego, tuvo que ir al entierro de todos; uno a uno, los vio caer y deshacerse en sus siluetas por enfermedades inesperadas y hambres, quedando ella sola arrimada a la puerta por las noches, fumando y tragando en silencio rabias y lágrimas.

Sin embargo, en una pelea diaria, decidida, caminaba, ascendía y obtenía su lugar, justo ahí donde sus ojos, todavía pesados como lingotes, podrían rasgarse a golpe de recibir los primeros rayos de sol.

Y así la encontraban los chóferes del servicio del transpor-

te urbano, como un centinela, vigilante y erguida, en una esquina que emergía de una rotonda, próxima a una de las avenidas principales de la ciudad. Otras veces, le daba por sentarse en una sillita de guano que los dueños de los case-tines cercanos le permitían guardar y por años le mitigaba el agotamiento en su proceso de caza.

Cuando le preguntaban el por qué a esa edad aún perseveraba en aquellos afanes, proclamaba que cansada de ser empleada en trabajos fatigados —como lavar y plancharle a malhumoradas señoras de la ciudad, las cuales daban por recompensa tan solo chelitos que no alcanzaban para la comida—, un día optó por aquel oficio, el cual otorgaba mayores satisfacciones.

Y, así, todos identificaban a Minga Buenaventura con un rostro mulato, pecoso, en forma de luna que realzaba enroscando una clineja en torno a su cabeza, la cual entrete-jía parte de sus cabellos lacios —rastros de una remota herencia indígena—, y unas florecillas de Sangre de Cristo, en una sutil coquetería, que a veces las palomas amenazaban con desarreglar, cuando la encontraban distraída.

De tal manera, hacían que ella, luego, en una actitud desganada y como para acosar el hastío que le brindaba la vida, terminara lanzando granos de maíz a aquellas aves que continuamente arribaban, en tumulto, revoloteando

desde la explanada central de la catedral hasta aquella esquina, en un aterrizaje de vuelo que interfería el movimiento de los transeúntes.

Los demás compañeros de trabajo llegaban quejándose del tiempo o rezongando que, por cargar cajas y acomodar tarantines, no les podían rebasar; restregándose aún los ojos, acosados todavía, por un sueño que arrastraba residuos de añejados cansancios.

Entonces ella reía contenida, sin dejar de enarcar una ceja maliciosa, y otras veces, entre esas hilarantes fuerzas de sangre que la asaltaban indetenibles, no le restaba más que apretarse el vientre, porque se divertía mucho a costa de ellos y de sus hazañas.

Ya sin poder ocultarse, entre carcajadas, se descubría ante el grupo, y ellos, aún bajo los efectos de la ira, debían esperar que ella, además, develara tan solo unos dos o tres dientes, tan alargados que ellos pensaban que casi no cabían en su boca.

Esto lo usaban como arma de burla y de ataque contra ella. Porque también estaban sus dientes, moteados por negras manchas, chapoteados entre abundantes salivas, por una lengua flexible e inquieta. “Pero ¿es que nadie puede con esta maldita vieja?!!”, cuestionaban a veces,

entre cuchicheos, cuando se agrupaban en círculos, para criticarla a sus espaldas. Ella aprovechaba para vociferar, especialmente, desde que arribara a sus setenta años:

“¡A Minga Buenaventura, sólo la destruye la misma Minga Buenaventura!”.

Había jurado que solo la vida la vencería, pues se decía que su piel era un cuero sorteado por muchas tormentas y batallas. Eso sí, daba lástima cuando descubría que algunos de sus ejes de blanco se acercaban; y se levantaba, rápida, arqueándose ágil en su estatura, casi abriendo alas que eran sólo unas extremidades enjutas, tan adheridas a la piel, que los más osados le voceaban en pleno tránsito:

— ¡Quítese del medio, que ya su carnaval pasó!

Le ayudaba un palo, que había extraído de un árbol de guácima, el cual puso a secar por muchos días para elaborarlo en forma de bastón, y con este se erguía y hasta peleaba muchas veces con los colegas más jóvenes, que iban llegando a aquel sitio, como buitres que velaban insistentes, para devorar cualquier presa.

Entonces los desafiaba, a ver quién la superaba en la próxima, pero todo concluía en dejarlos perplejos, pues era ella la que extraía la mejor partida; en el proceso, hasta implementaba algunas técnicas de karate, rápidas para sus

oponentes; para los aglomerados, eran insólitas... Sabrá Dios cómo las aprendía.

Tal vez alguna vez se imaginó portando una lanza y un escudo de acero, pues cuando avanzaba como tétrica quijote, no se distraía en detalles de figura, de que tal vez llegaba a pesar unos 50 kilos, los exactos para mantener sus brazos alargados; con una estatura de unos 5.5 centímetros de altura, Minga invencible, ¡corría!

El ajetreo y el cansancio de los días se los llevaba el viento, y así transcurrían, todos iguales: muchos afanes, y por las noches, el regreso a un hogar solitario, que solo le reportaba los murmullos del vecindario; tras sus espaldas, era considerada como la millonaria del barrio.

Hasta una mañana de septiembre, cuando de repente apareció Julio Santos Coronado, enviado especial del control urbano, militar moreno que, macana en mano, comenzó a repartir golpes y trompones, — y justo en el momento, cuando aquel ejecutivo que, como samaritano, cumplía su misión para que Minga Buenaventura pudiera tener su billete del día —, y Coronado amenazaba que no había manera de comprarlo, dijo que a él no le bastaban las prebendas, que cada quien buscara su puesto...

Fue en esa temporada que todos la vieron bajar la guardia. Algo muy extraño la conducía; de manera inesperada, ya no aparecía el ímpetu de su mano agitadora entre las de sus compañeros de oficio, para posarse ante los cristales de los vehículos y suplicar, simplemente, la limosna del día.

Solo bastaba girar las cabezas, para encontrarla absorta, muy pensativa, atusando sus cabellos, cuidando que no se le cayeran unas florecillas que incrustaba en su acostumbrado peinado o chequeando que aquellos implantes chinos que había conseguido para engalanar sus uñas, no se les fueran a ir de sus manos.

Entonces, comprendieron que los furores de otra pasión habían descontrolado su rutina, que casi la postraba, lo cual entendían no remitía comparaciones ni con los ardores de la adolescencia. Y la observaron muy cambiada, comprando vestuario nuevo, cosméticos, cremas; y de perfumes inundó su cuarto. Sí, de repente, ese policía la guiaba por unos caminos forzados para su tiempo y Minga hasta lo mudó junto a una concubina, que sospechaba era la preferida.

Atrayendo a los dos para su casa en los fines de semana, se hizo cargo de todos los gastos aplacando sus caprichos, con dádivas inesperadas. A los murmullos de los vecinos,

dijo, dizque con la edad le daba por sentirse sola. Y todos la vieron exhibir unos amores de lánguidos suspiros, tan dramáticos, que se lanzaba al suelo a gritar desconsolada —cuando él ni la miraba—, acompañádoslos de unos ju-mos, con pociones de ron y damajuana.

Otras veces, le daba por esperarlo mimosa, hasta la hora en que a él le diera la gana de aparecer y, luego, tan angustiada por no poder reanudar su acostumbrada proeza de llegar temprano para atrapar su cliente favorito y al mismo tiempo calmar las necesidades de su amante.

Pero su amante, ese militar del control urbano, conocido además por sus pronunciados bíceps y sus fanfarronerías, un día no se levantó muy satisfecho y, entonces, aprovechando que Minga atendía a uno de sus prospectos, aprovechó para deslizarse entre las callejuelas de las casetas; entre los tarantines, buscó ocultarse y, guarecido por el ruido del tránsito, que segundo a segundo incrementaba, se detuvo a comprobar que los demás compañeros de oficio de Minga, mientras tanto, corrían a perseguir los demás vehículos, detenidos por el cambio de luces, y Julio Santos Coronado, pensó que era una mañana ideal para su cometido.

Y aguardó a que el cliente acelerara en su jeepeta, cuando ella se acercara a aquella caseta, a observarla concentrada contar sus billetes, para entrarle rabioso con un palo por

la cabeza, pero ella reaccionó como una saeta, y atinó certera, golpeando los brazos, creyendo que era un ladrón armado.

Y como estaba formada en batalla, rauda lo empujó y casi lo lanza por los aires, pero en un instante, alcanzando a contemplar que era este el hombre que endulzaba ahora sus noches con caricias que la adormecían y la hacían perder el sueño en amaneceres estridentes y fogosos; temblando ahora, no podría restablecerse de la próxima acometida.

Coronado, rabioso, se levantó como centella y sin medir la proporción le asestó varias veces la cabeza, el cuerpo y, a las extremidades secas y alargadas. Ahora Minga no podría contemplar que los otros pilluelos se arremolinaban encima de las jeepetas de sus clientes, arrancándoles sus otras carnadas; probablemente no se percataban, que ella caía tan rota y deshecha.

No, ya no recibiría más clientes esta mañana, porque tampoco podía contener que sus pupilas se abrieran y cerrarán continuamente y no por el sol candente. Minga Buenaventura parpadeaba entre los brotes de sangre que emergían sin control, de sus ojos y sus oídos, y a su memoria, seguramente no acudiría más la idea que tantos bríos y lauros le había dado, de que era, sin dudas la Cid campeadora de los

mendigos. Pero, luego, todos aseguraron, que de su boca abierta, y de sus pestañas abatidas y parpadeantes surgían a borbotones de sangre y lágrimas: mariposas, cigarras y libélulas que la acompañarían en la otra parte del camino.

Cuarta Mención

Felicidad Fugaz

Seudónimo: Dra. Ada Mueller

Autor: Adalberto Morillo

Llevo una vida tristemente desinteresada, llena de amarguras y resentimientos. Convivo dulcemente con la conformidad. Felipe, mi esposo, me acompaña bajo este techo. Aunque aparento unos años menos, soy una cincuentona de ojos avellanados y cálidos labios, de piel negra y fragante, que no tiene nada que envidiarle al terciopelo. Siempre, cuando el alba toca mi puerta, me peino un moño con tanta perfección que parece una madeja de algodón negro que exhibo con gracia sobre mi cabeza.

Mis hijas abandonaron temprano este nido tejido de angustias y conformidad. Aunque me hubiera gustado verlas de blanco frente al altar, se hicieron pertenencia de hombres sin factura ni contrato. Cuando la ilusión me visita, de tarde en tarde, me recuesto a un costado de la ventana y observo, llena de envidia, no lo niego, a los vecinos de enfrente cómo conversan amenamente. Sueño todas las tardes, que Felipe se sentará diez minutos conmigo a ver la gente pasar.

Alimento un gato ajeno que se pasea señorial por mi cocina todos los días a las diez y media de la mañana. Una pelusa blanca de ojos verdes, que acaricia mis tobillos al tiempo de iniciar una conversación de palabras maulladas. Le cuento la maravillosa vida que llevo con Felipe..., varios maullidos me hacen sentir relajada. Luego de limpiar la carne que cocinaré para el mediodía, despido al felino sirviéndole en una bandeja las bandas sobrantes de carne y siento un dejo de remordimiento. ¿¡Por qué esta vida y no la del gato!?

Felipe, llega a las doce y treinta puntual. La comida debe estar sobre la mesa para esa hora. A las doce y cuarenta nos sentamos a comer sin mirarnos; «pásame la sal», es la conversación más amena que tenemos. Después de cada comida, preparo un café negro y fuerte con poca azúcar y se lo llevo hasta la puerta del patio. Allí lo bebe solitario mirando expectante al Pinto, ¡el gallo que lo hará rico! A la una y treinta de la tarde, se lava la cara y parte de nuevo a su trabajo, para regresar a las siete de la noche a cenar, como si viviera en un hotel. Esta rutina Felipe la repite todos los días, y yo, por igual, para no hacerlo molestar; total, qué más da, esto lo hemos hecho... ¡qué sé yo... ya perdí la cuenta!

Los domingos, vestida de blanco, asisto a la misa de las siete de la mañana, no sin antes dejarle preparado el desa-

yuno de víveres al pobre de mi marido. Aunque se levanta pasado de las ocho, siempre dejo la comida matinal sobre la mesa por si se le antoja levantarse más temprano. En la iglesia cada domingo se sienta a mi lado un señor, que me abraza fuerte al momento de darnos la paz, y aunque casi no hablamos, siento en cada abrazo una rara sensación que tiende a confundirme.

Quiero mucho a Felipe... será por la fuerza de gravedad. Todos estos años girando a su alrededor. La verdad... no tengo valor para serle infiel, pero cuando siento ese ejército de termitas invadiendo toda mi piel, recorro hasta la mitad ese puente de tentaciones que me invita a conocer los misterios del placer. Esos días, me gustaría que Felipe me tomara como a una amante que tiene mucho ausente. Que, lujurioso, me desgarré la ropa y penetre mis fantasías más oscuras... Entonces, me abrazo fuerte y contengo esa ola de diminutos erizos que recorren incansable mi piel. Por temor a que piense lo peor, no le comento nada y dejo que el gato arañe mi falda.

Los domingos en la tarde, acostumbro sentarme sola en la galería de la casa. Me encontré extraño que Felipe llegara temprano de la gallera. Lo que no me extrañó es que no hablara ni expresara algún gesto de dulzura hacía mi. Eso me importó poco; estoy acostumbrada a su inexpressable silencio. Haló una mecedora y sin mirarme ni decir

palabras se acomodó a mi lado. Al fin, comenzaba a vislumbrarse algo. Ahora debía esperar que hiciera de esto un hábito dominical. Durante un buen rato, ciegos nos miramos y mudos contemplamos a la gente pasar.

De momento, sentí una rebosante paz que se adueñó de mí. Miré a Felipe con extrañeza, que recostó su cabeza en el respaldo de la mecedora, exhaló fuerte, y con voz ahogada dijo: «¡maldito gallo, un golpe de bolsón hubiera sido suficiente!». De súbito, el gato saltó sobre mí, se acomodó plácido entre mis piernas, y contemplamos a la gente pasar durante el resto de la tarde.

Anexos

Acta Unica

Los miembros del Jurado designado para ponderar las obras sometidas al Decimonoveno Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 10 de marzo de 2012, en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes

PREMIOS

Primer Premio:

Título:	“Sin lágrimas”
Seudónimo:	Anaïs Nin
Autor:	Keiselim A. Montás

Segundo Premio:

Título:	“Mariposas Negras”
Seudónimo:	Piragua
Autor:	Valentín Amaro

Tercer Premio:

Título:	“Héroes”
Seudónimo:	Bayron
Autor:	Oscar M. Zazo Martín

Cuarto Premio:

Título:	“Vivir”
Seudónimo:	Marant
Autor:	Sara Amaro Alemán

Por otra parte, el jurado también decidió otorgar las siguientes

MENCIONES DE HONOR

Primera Mención:

Título: “La historia incautada”
Seudónimo: Montecristo
Autor: Menoscal Reynoso

Segunda Mención:

Título: “Coleccionistas”
Seudónimo: El Gran Dictador
Autor: Franz Manuel García Zorrilla

Tercera Mención

Título: “La Cid Campeadora”
Seudónimo: Caminante
Autor: Altagracia Pérez Pytel

Cuarta Mención:

Título: “Felicidad Fugaz”
Seudónimo: Dra. Ada Mueller
Autor: Adalberto Morillo Pichardo

Redactado y firmado en La Vega por los miembros del jurado de este concurso, hoy 10 de marzo del 2012.

Lic. Emelda Ramos
Lic. Luis Beiro Álvarez
Lic. Carlos Fernández-Rocha

Testigo: P. Eduardo García Tamayo, SJ

Palabras de Agradecimiento

Keiselim Montás
Primer premio del XIX Concurso de Cuentos

Mis disculpas por no poder estar presente. Mas, gracias a este medio, puedo compartir algunas palabras con ustedes.

Quiero, en nombre de los ganadores, participantes y escritores en general, dar las gracias a Radio Santa María y al Grupo León Jimenes por organizar y dar apoyo a este importante concurso literario, siendo esta su 19na. edición.

Este concurso es una celebración de la creatividad y la más justa manera de fomentar, apoyar y promover la producción literaria. Un agradecimiento especial al personal encargado de la parte administrativa y a los miembros del Jurado por su labor y tenacidad.

Las artes son la representación cultural de los pueblos. Entre ellas, la literatura es el mejor y más accesible vehícu-

lo para que un país se conozca a sí mismo, se dé a conocer y aprenda de las otras naciones del mundo. Es mediante el intercambio mágico entre la escritura y la lectura que se recrean nuevos universos y, al desatar las ataduras de la imaginación y dar rienda suelta a nuestros sentidos, podemos aprender sobre lugares desconocidos, descubrir otros ritmos y sonidos, degustar sabores ignorados, percibir olores diferentes y, sobre todo, adquirir nuevas y distintas perspectivas de la realidad presente. A mayor número de perspectivas, mayor conocimiento de la realidad.

Vale decir que los humanos le tenemos miedo solo a lo desconocido. Al leer adquirimos conocimientos, abolimos el temor y conseguimos la libertad, pues ser libre significa vivir sin miedos y sin temores.

Esta celebración de la creatividad es el preámbulo perfecto para tomar esa caja mágica que está a nuestro alcance y leer. Para los que no escriben, la lectura los puede conllevar a la escritura y, para los que ya escriben, nos servirá de abono para cultivarla.

Les exhorto a leer, a desatar las ataduras de la imaginación, a conocer y a ser libres.

Muchas gracias.

Este libro se terminó
de imprimir en
Santiago
en Octubre de 2012

Escribir es crecer